

Una excepción, casi un milagro

Raúl Manríquez*



Si tuviera que utilizar un solo adjetivo para describir a Enrique Servín, quizá elegiría *generoso*. Desde luego son legendarias su asombrosa

inteligencia, su erudición, su talento literario y su tenacidad en la defensa de las lenguas indígenas, cualidades que le dieron un sitio destacadísimo en nuestra cultura, pero considero que todas sus acciones fueron tocadas por la generosidad, rasgo que le era inherente y del cual se desprendía su vocación

* Candidato a doctor en Filosofía y Ciencias Humanas. Ha sido profesor, escritor y promotor cultural. Actualmente, se desempeña como director general de Capital Cultural en la Secretaría de Cultura del Estado de Chihuahua.

Fecha de recepción:
2020-06-15
Fecha de aceptación:
2020-08-11

DO
SSI
ER

53

por compartir sin reservas aquello que amaba y disfrutaba de manera profunda. Abordaré aquí, brevemente, tres ámbitos que así lo muestran.

Abreviar en el taller

A principios de los años 90 comencé a asistir al taller literario de la Universidad Autónoma de Chihuahua, que coordinaba Enrique Servín. Coincidí en ese tiempo con Lupita Salas, don Candelario Barrios, Baltazar Ruiz, Rodrigo Pérez Rembao, Rafael Ávila, Jaime Romero, María Dolores Guadarrama, Juan Marcelino Ruiz, Karla Carrillo, Saúl Alvidrez y otros más. Cada sábado nos reuníamos en ese edificio de ensueño que es la Quinta Gameros. Después, cuando Enrique dejó de trabajar en la universidad, nos convertimos en un grupo trashumante que sesionaba en cafeterías, bares, restaurantes, cualquier establecimiento que nos permitiera estar ahí largas horas sin apenas consumir.

Comenzábamos por leer algunos textos seleccionados por Enrique, muchos de ellos traducidos por él mismo de otras lenguas. A partir de la lectura, Servín disertaba con profundidad y sencillez de tradiciones poéticas, culturas antiguas, lingüística, teorías literarias. Con la amenidad del gran conversador que era, ponía énfasis aquí y allá, hacía citas de memoria, intercalaba alguna imitación. Era maravilloso escuchar aquellas charlas que, hasta cierto punto, improvisaba en cada sesión, las cuales abrían nuestros ojos a

otras culturas y formas de apreciar la literatura. Compartir el conocimiento era para él una forma de felicidad.

Nunca lo escuché hablar de su propia obra en una sesión de taller, por cierto, tampoco promoverla en otros ambientes. Hubo siempre en él una modestia y cierta reserva con lo que escribía. Cuando, en 1994, ganó el Premio Chihuahua con *Elogio para los dedos y otros poemas*, no se interesó por publicar el libro. Años después se publicó *El agua y la sombra*, pero fue más por la insistencia de Jesús Chávez Marín, en ese tiempo editor de la UACH, que por el interés de Enrique. En cambio, promovía con entusiasmo a los integrantes del taller que consideraba prometedores incluyéndoles en lecturas públicas y en encuentros literarios. A varios nos publicó en la célebre colección Flor de arena, de la UACH, que él inició y dirigió por algún tiempo. Evidentemente se sentía mejor promoviendo la obra de otros que la propia, aunque esta es, por supuesto, magnífica.

A lo largo de tres décadas impartió su taller en distintos espacios de la ciudad, a veces con el cobijo de alguna institución y a veces sin él. Muchos de los escritores y escritoras que se formaron ahí tienen hoy una destacada trayectoria. Ahora, cuando veo las nuevas generaciones de poetas chihuahuenses, talentosos y con una formación sólida, que se van convirtiendo en las voces representativas de nuestra literatura, pienso que fructifica en ellos el trabajo de Servín, su acertada

guía y su crítica precisa, el generoso manantial del que tantos abrevamos.

Una deslumbrante tradición

Servín hizo de la preservación y difusión de las lenguas y literaturas indígenas de Chihuahua un proyecto de vida al que se entregó con devoción. Como funcionario de gobierno, coordinó la publicación de 67 títulos que incluyen libros, fonovelas, cómics y audiolibros, todos ellos en lenguas originarias. Promovió también a poetas rarámuri como Dolores Batista y Martín Makawi, a quienes proyectó a nivel internacional.

Pero quiero en este punto destacar especialmente un libro que se lee con asombro y felicidad: *Anirúame: historias de los tarahumaras de los tiempos antiguos*. Cada uno de los relatos que lo integran revela aspectos de un universo mágico y desconocido, pleno de imaginación y belleza: la rica mitología rarámuri. Más de dos décadas le llevó a Enrique rastrear y reunir las historias que conforman esta obra. Hurgó en archivos y antiguos documentos, recorrió la sierra buscando a los narradores tradicionales que aún existen en apartadas comunidades. Tuvo que ganarse su confianza para entrevistarlos

Servín construyó una voz narrativa en la que el autor se desdibuja por completo y renuncia a su propia perspectiva para dejar sitio a una voz antigua, sabia y poderosa, que parece atravesar siglos y milenios para revelarnos la verdad. Una voz que suena a tradición oral, como corresponde a una cultura ágrafa.

y, a veces, llevarlos a los estudios de grabación en la ciudad. Consiguió con ello rescatar una deslumbrante tradición ya casi extinguida por el proceso de aculturación que rápidamente avanza con la educación oficial y la migración de los indígenas a las zonas urbanas.

Pero la obra va más allá de la investigación y la compilación. Trasladar historias de la oralidad a la escritura requería talento literario. Servín construyó una voz na-

rativa en la que el autor se desdibuja por completo y renuncia a su propia perspectiva para dejar sitio a una voz antigua, sabia y poderosa, que parece atravesar siglos y milenios para revelarnos la verdad. Una voz que suena a tradición oral, como corresponde a una cultura ágrafa.

Es enorme la aportación que Servín hizo a nuestra cultura con este libro que revela las raíces más profundas de ese pueblo del que tanto tenemos que aprender.

La más noble y generosa de las artes

Enrique fue un lector portentoso que, como dijo alguna vez Chávez Marín, parecía haber leído todos los libros que

DO
SSI
ER

55

existen. Para apreciar de manera tangible este fervor bastaba conocer su biblioteca personal, que llegó a ocupar literalmente la totalidad de su casa, o verlo hurgar con curiosidad y gozo en las librerías, de las que nunca salía sin comprar algunos ejemplares. Borges decía que imaginaba el paraíso como una biblioteca; parafraseándolo diría que, de haber creído en alguna clase de paraíso, Enrique lo habría imaginado como una inagotable librería.

Como lector, sus intereses abarcaban varios campos: filosofía, historia, religiones, ciencias naturales, literatura, primordialmente, poesía, a la que consideraba “la más noble y generosa de las artes”.¹ La definía como el lenguaje llevado a su máximo esplendor e intensidad y solía ejemplificarla con el *Cántico espiritual*, de san Juan de la Cruz, versos magistrales, de ritmo poderoso en los que todo resulta significativo.

Dice Servín en el prólogo de *El agua y la sombra*: “En una época como la nuestra, obsesionada con la acumulación de la materia y su peligrosa manipulación, amar a la poesía o intentar practicarla resulta un evidente ejercicio de la libertad y la disidencia”.²

En esa búsqueda vital encontró poetas de diversas épocas y lenguas, y tradujo a varios de ellos. Con entusiasmo compartía esos hallazgos recitando los poemas que guardaba su memoria prodigiosa. Gracias a él muchos conocimos grandes autores cuya existencia

ignorábamos: Gunnar Ekelöf, Denise Levertov, Manuel Bandeira, entre otros. También contribuyó enormemente para que figuras como Gonzalo Rojas y Ledo Ivo vinieran a Chihuahua.

Esencialmente creyó en la poesía, en el poder que esta tiene para recuperar la memoria individual y colectiva, para revelarnos aspectos insospechados de la realidad y enriquecer nuestra existencia. Por ello, buscó que iluminara también la vida de otras personas y la promovió desde todas las trincheras: fue autor, maestro, promotor de lectura, editor, traductor, conferencista, un largo etcétera.

El poder de los recuerdos

Quizá en algunos años, cuando alguien escuche hablar de Servín o lea algo sobre él, se preguntará si en realidad existió alguien así o si se trata de un mito o una leyenda. ¿Cómo es posible —se dirá esa persona—, que alguien hable más 25 idiomas, tenga conocimientos profundos en áreas tan diversas de las humanidades y sea, además, simpático, humilde y generoso? Enrique Servín fue una excepción, casi un milagro en este entorno en el que si acaso se dará uno como él en cada siglo.

Me ha costado trabajo escribir estos párrafos pensando en todo momento en que Enrique ya no está, realidad que quizá no asimilamos todavía. La muerte de un amigo nos deja

¹ Enrique Servín, *El agua y la sombra*, Chihuahua, Universidad Autónoma de Chihuahua, 2003, p. 8.

² Idem.

las palabras en la boca. Mucho tiempo después uno siente todavía el impulso de buscarlo para contarle una anécdota o discutir con él algún tema. Dice García Márquez que la muerte significa no estar nunca más con los amigos,³ pero hay personas, como Enrique, con las que seguiremos conversado en ese diálogo interior que todos sostenemos.

Qué mejor que cerrar este texto con palabras de Enrique referentes al recuerdo, la muerte y la poesía:

El recuerdo se erige, entonces, en un recurso poderoso, aunque desesperado, en contra de la muerte. La poesía de todos los tiempos ha sido también, por supuesto, un recurso desesperado contra la muerte. Porque si la poesía es lenguaje, es entonces memoria colectiva e individual, emanación de lo que ha sido. [...] Como la vida misma, casi todo lo que podamos decir de la muerte es, en determinado momento, válido. La muerte es triste, es buena, es necesaria, es indeseable, es inevitable. Es inmemorial o, como lo quería Gorostiza, es niña. Es deslumbramiento y liberación".⁴ 



Ombligo de la luna. Técnica mixta. Varios sobre piedra. 20 cm diámetro

³ Gabriel García Márquez, *Doce cuentos peregrinos*, Barcelona, Ediciones Altaya, 1994, p. 14.

⁴ Enrique Servín, "Tres momentos en torno a la poesía, la memoria y la muerte", en *Livres. Literatura y Arte*, núm. 3 (2014), pp. 6-9.